

«No hay mañana que deje más parado ante no se sabe qué, que la mañana de Toledo. El Greco la aprovechaba para cazar caballeros». (Pág. 136)

«Inventó el ballet de los cielos, el ballet de rogativas, el ballet del Apocalipsis». (Págs. 156).

«El Greco comprendió el terciopelo, la única piel que el hombre ha creado; piel de pensamiento y de miedo, piel de magistrado y de dama adúltera, piel de estrado, que oculta diablos; piel de caballero que muere de importancia». (Pág. 134).

«El Greco enamorado y poseído por ese estado de un pueblo en pompas fúnebres». (Pág. 152).

«Era desenterrador de personas vivas». (Pág. 68).

«Venecia lo desorientaba en su afán, sonaba a banquetes, a adulterio, a un festejo del que había que buscar mucho los salones para poder ver una mujer desnuda de la que sólo se encontraba a duras penas, la hermana». (Pág. 18).

«¿Quién es el pintor entre tantos retratos?

Lo buscaremos siempre, le estarán buscando siempre—y siempre dudosos—los que vengan». (Pág. 55).

«El Greco oponía a la vida su cabeza en punta y sonreía como un sifón genial».

«¡Oh, gran pintor de bacalaos celestiales!». (Pág. 163).

«El Greco» de Ramón Gómez de la Serna, es sin duda alguna, el más ameno y conseguido de todos sus libros. Todas sus páginas permiten y exigen la doble y la triple lectura.—JUAN URIBE-ECHEVARRÍA.

<https://doi.org/10.29393/At142-83LYPH10083>

EL PRIMER HIJO, por *Luis Durand*

Luis Durand ha publicado tres libros de cuentos. «El primer hijo» es su tercera novela. En éstas el autor maniobra con bambalinas y telones de ciudad, en aquéllos respira la libre na-

turaliza campestre. Cualquiera diría que Durand, logrado el aplauso con el tema agreste, desea ahora demostrar que bien puede cautivar a su público con el libro de ciudad, de atmósfera algo más compleja que el asunto primitivo y bárbaro del cuento huaso.

En gran parte consigue aquí la sugestión, el interés, el calor. Sus libros de cuentos nos colocaron frente a un escritor inmediato, directo, que a falta de una forma cultivada, para satisfacción de las críticas, derramaba el suave licor de una intimidad humilde y persuasiva. Sus personajes tomados al azar de la intuición, en el horizonte tortuoso de nuestro campo, surgían de sus páginas animados por aquel aliento humano que la realidad calcina un poco en ellos cuando se les mira desde lejos, y que la pluma revive con fuerza de irradiación. La misma sencillez de la prosa, llaneza de expresión que diluye en el párrafo o en la frase bien terminada el giro local, el modismo sabroso y tonificante, contribuía, sin duda, al logro de esa tonalidad cálida, confidencial, de esa fluidez narrativa y no expositiva, para definirla de una vez, por oposición de adjetivos.

Cabe ahora preguntarse si la llaneza formal en que se vierte el cuento campesino de Durand, sirve bien en el relato urbano, donde la cultura de los seres y la medida de las cosas se manifiestan de modo distinto. Indudablemente, no. El contraste entre expresión y contenido haría recaer aquélla en lo vulgar, no obstante la soltura y el vigor de los elementos utilizados. Así como nos alejamos de lo basto, nos hiere el atildamiento. Decimos esto porque Durand, a nuestro juicio, se regala en sus tres novelas de ciudad, en esa llaneza larga y blanda que le impide la penetración y la captación del complejo urbano, pese a la posible simple textura del personaje o del medio.

Tal es la impresión que nos deja «El primer hijo», novela dramática, de argumento sumario. Fernando, empleado modes-

tísimo, se ve apremiado por la enfermedad de su mujer que dará a luz dentro de unas horas. No hay dinero. El hospital recibe a la enferma, que no logra la dicha de salvar al hijo, pues éste muere a los pocos días. El argumento desaparece, se filtra en dos escenas capitales, el hospital y la casa, y los protagonistas, padre e hijo—el hijo muerto—llenar el libro a través de esas escenas. Sin embargo, podríamos decir que sólo con estos elementos la novela aparecería vacía de interés, desprovista de aliento. Es la pobreza, casi la miseria del hogar de Fernando, la que destaca del primero al último momento, como el primero y único protagonista. Es la miseria la que mueve aquellas dóciles vidas, de las cuales una, la de la madre, se desvanece como elemento de la novela antes de terminar ésta.

Es amarga la atmósfera, excesiva la mansedumbre de los seres, lívida la luz que penetra las cosas y las almas. Hay notables condiciones de observación del ambiente y de los protagonistas, que desgraciadamente se igualan y envuelven, sin relieve. El color, el relieve se advierten esporádicamente, en personajes secundarios, como el chofer que lleva al hospital a Fernando y a su mujer, o aquel simpático «perro Bauchá», de la Escuela Agrícola.

La novela se lee sin esfuerzo, gracias a la blandura y a la libertad del lenguaje, que se adentra en el lector como si escuchara el relato a la orilla del fuego, de boca de un hombre sencillo. A ratos nos coge y nos crispa en un acento de protesta ante esa fatalidad que embozada en la pobreza, quita la vida al hijo. Fernando, a raíz de la desgracia se ausculta y no atina a nada, como si la muerte del hijo no tuviera en él sino un eco agobiador. «Fernando se quedó como un idiota junto a la puerta del depósito. Sentía el cerebro espeso y en el espíritu una infinita falta de voluntad. Le atemorizaba salir a la calle... Como en los momentos en que se sufre una fiebre in-

tensa cruzaron por su imaginación una serie de visiones estrafalarias. Hombres contorsionados que le miraban con cara de burla»...

Fernando no ha sabido oponerse al sufrimiento, derivando hacia su mujer que se queda en el hospital con el desgarrón del hijo muerto a su lado; no piensa en consolarla, en mostrarle entereza que no siente, porque su alma es la propia humildad, el destino pasivo. «Casi sentía dulzura de sufrir. Desde lo más recóndito de su tristeza surgía como una esencia, una esperanza informe, «confusa»...

Con su dolor a cuesta va a enterrar a su hijo. Tiene un instante de rebeldía al recordar que en su bolsillo no hay dinero para enterrarlo. «¿Cómo era posible que existiera un Dios justo y bueno cuando con él no mostraba ni un asomo de piedad ni justicia? ¿Era justo que no tuviera ni con qué enterrar a su hijo, cuando existía gente que nadaba en la abundancia y que botaba en satisfacer estúpidos caprichos el dinero que serviría para hacer la felicidad de tantos seres?» Luego, él, Fernando, se juzga muy bien y su juicio resuelve la totalidad del libro y su derrotismo. «¿Quién era él? Era únicamente el hombre mediocre a quien la vida modelaba a su antojo».

Ya en el cementerio, Fernando se amarra definitivamente a su estrella brumosa. «La honda canción de los pinos le suavizó el espíritu, le puso adentro un consuelo que era más bién resignación».

«El primer hijo» es un nuevo ensayo del autor en la novela de ciudad. Las notables condiciones de narrador que hay en Durand nos auguran para días no lejanos una obra definitiva.—LAUTARO YANKAS.